

BIOGRAFÍA

mortal, lleno de defectos, pero también de nuevas virtudes.

Podemos quizá concluir el recorrido con *Del amor y otros demonios* (1994) donde la fusión de dos temas soslayados, la Inquisición y la esclavitud negra, nos permiten escuchar otras hablas (yoruba, congo y mandinga) y visualizar otros dioses, Changó o Yemayá, que, provenientes de África, efectúan el mestizaje en el cuerpo de esa joven a quien todos los demonios, el peor de todos es el del amor, la poseen y torturan, seducida por su exorcista y por los poemas de Garcilaso de la Vega.

Este gran contador de historias que es García Márquez disfruta ya del honor de ser un clásico en vida; su formación como periodista le permite realizaciones de gran aliento como *Noticia de un secuestro* (1996) en época de Pablo Escobar, pero que no lo desvían de su fecunda síntesis entre lo popular y lo sofisticado para lograr que “La irrealidad poética y la exageración artística” (pág. 472) sirvan para contarnos tanto una guerra civil como un idilio tan cursi como sublime. Una risa irreverente que destruye los prejuicios sociales y junto a ella una meditación profunda sobre las complejas relaciones del poder al unir déspotas y víctimas en relaciones que no son de un único sentido, pues la violencia política y el despotismo machista han marcado la historia de América Latina, en todas sus variantes. El libro publicado en inglés en 1990, lamentablemente adolece de un gran descuido editorial en la corrección de pruebas, con muchas erratas y algunas exageraciones difíciles de comprobar como aquella de la página 113 en la que se dice que Pablo Neruda “fue forzado a permanecer boca abajo a punta de pistola por unos días, solo para morir de cáncer una semana después”. En todo caso, un trabajo meritorio dentro de una bibliografía ya inabarcable.

Juan Gustavo Cobo Borda

Dibujar a Gabo en colores

Gabo, memorias de una vida mágica

VARIOS AUTORES

Rey Naranjo Editores, Bogotá, 2013, 184 págs., il.

A PARTIR del legendario viaje de Gabriel García Márquez con su familia, rumbo a las playas de Acapulco, en México, en 1965, un guionista, Óscar Pantoja, y cuatro ilustradores, Miguel Bustos, Tatiana Córdoba, Felipe Camargo y Julián Naranjo, nos dan en cuatro partes, en papeles de color distinto, esta novela gráfica, sobre la vida y los libros de nuestro premio Nobel de 1982, recibido a la edad de 55 años.

Todo debido a la historia que le sobrevendrá, en un inicio ya clásico, en esa tentativa de unas frustradas vacaciones a la playa. *Cien años de soledad* lo obligará a retornar a Ciudad de México y encerrarse dieciocho meses a escribirla. Pero ver lo que en muchos casos ya conocíamos por biografías y cronologías, convertido ahora en un cómic de largo aliento, en una tira, no cómica, sino seria, es toda una sorpresa.

Primero, porque este tipo de libros no proponen una fidelidad fotográfica con el retratado, sino que dejan al arbitrio de los ilustradores el personaje. Porque no se trata de brindar una documentada información, aun cuando incluye epílogo, bibliografía, cronología y Gabo en la web, sino más bien seguir los sinuosos senderos con que el guionista nos lleva de aquel presente mexicano a un abuelo ya muerto que le abrió las puertas del mundo y a un pueblo remoto con fecha ya legendaria: Aracataca, Colombia, 1927.

Seguimos entonces a una figura con bigote que luego se vuelve niño de la mano de su abuelo, el coronel Nicolás Márquez y su esposa, Tranquilina Iguarán, y que en rápidos escorzos nos dará la guerra de los Mil Días, la huelga de las bananeras y dos ejes que sostienen el recuento: el abuelo como árbol genealógico y la abuela como el lado mágico de la historia. Allí también se nos dará la soledad primigenia del niño en una casa llena de muertos, dejado en manos de sus abuelos, y su

RESEÑAS

proceso inicial de formación, al dibujar, al descubrir el diccionario y oírle al abuelo los poemas de Rubén Darío. Ya este primer capítulo involucra la culminación: la entrega del premio Nobel, en Estocolmo, vestido de liquillique. Pero, curiosamente, el dibujo es sobrio, casi esquemático. La visión del pueblo, en la edificación de la casa, en el comisariato donde conocerá el hielo y en las breves caracterizaciones de ese auge en apariencia tumultuoso de Aracataca gracias a la United Fruit y el de toda la zona bananera clausurado con la masacre de los trabajadores. El dibujo no corresponde al realismo mágico, sino más bien, al apunte escueto apoyado en los textos.



La segunda parte, en azul, nos trasladada a Bogotá, al 9 de abril de 1948, a sus primeras publicaciones en *El Espectador*, gracias a Eduardo Zalamea Borda, su estadía en el Liceo Nacional de Zipaquirá, a lo cual corresponde otro de reciente aparición: Gustavo Castro Caycedo, *Gabo: cuatro años de soledad. Su vida en Zipaquirá* (2012).

Allí se nos dará también Barranquilla con la Librería Mundo y La Cueva, con los amigos y, sobre todo, el romance con Mercedes y la ulterior boda. Pero siempre se vuelve a la compra del Opel 62 sedan que lo llevaría a Acapulco y en cierto modo a la gloria, dejando atrás esa época de pobreza y bohemia como periodista, en la incertidumbre de las primeras obras (*La hojarasca*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *La mala hora*) y su contacto, en su viaje a Europa, con el cine de Italia –una experiencia que lo ayudaría a visualizar los fantasmas,

a dedicar mucha energía a la escritura de guiones y a promover, años después, una escuela de cine en Cuba–.

En fin, este es, en líneas generales, el desenvolvimiento de su peripecia vital, Venezuela y Cuba incluidas, la amistad mexicana de Álvaro Mutis y Jomi García Ascot y el poder participar en el diálogo con amigos escritores (Rulfo, Fuentes, Vargas Llosa) en la consolidación de una época que cambiaría nuestras letras. Quien no tuviere más que este libro como guía puede hacerse una buena idea dibujada de quien ha sido Gabo, sus treinta millones de ejemplares vendidos, desde el Buenos Aires que lo lanzó en 1967 hasta llegar a la versión en Chino que ya lleva un millón de copias.

Quizá por ello la cuarta parte, en papel verde, tiene un dibujo más suelto y florante. Toda la ceremonia del Nobel tiene la irrealdad remota de un país, una capital y reyes y reinas difíciles de soñar desde la ardiente población colombiana que lo vio nacer. Pero el libro, no hay duda, es una válida forma de estar con Gabo en otra forma artística, muy valorada y compartida por los jóvenes.

Juan Gustavo Cobo Borda

Ser mortal

El miedo, crónica de un cáncer

MARÍA CRISTINA RESTREPO LÓPEZ
Luna Libros, Bogotá, 2010, 138 págs.

ESTE VOLUMEN testimonial narra en 105 fragmentos la historia del diagnóstico y tratamiento de la enfermedad padecida por la autora; la memoria arranca cuando va a hacerse la mamografía anual, y termina tras 33 sesiones de radioterapia cuando se entera que no le harán quimioterapia.

Hasta enterarse del mal, durante sesenta años la autora y protagonista ha sido una señora sana, con antecedentes de longevidad en las mujeres de su familia –su mamá vive–, hace ejercicio a diario –todas las mañanas camina cinco kilómetros–, ama a Richard –el marido que siempre está con ella–, tiene hijos y nietos amorosos, en suma, una mujer feliz, acomodada,

inteligente y exitosa, que además es escritora.

Los hechos ocurren durante el segundo semestre de 2009, en una Medellín cerrada, limitada a los estratos altos, en la que con frecuencia, en las clínicas y en sus diligencias, la protagonista se encuentra con parientes, amigos y conocidos. Ese microcosmos social de la clase alta antioqueña, de comerciantes adinerados y poderosos empresarios ha sido el universo de la obra de la escritora: de su libro de cuentos –ambientados hacia mediados del siglo XX–, *La vieja casa de la calle Maracaibo* (1989), de sus novelas históricas, *De una vez y para siempre* (2000) y *Amores sin tregua* (2006) y de su particular versión de la época de oro del narcotráfico y de los vínculos de éste con la burguesía de Medellín, *La mujer de los sueños rotos* (2009).

El libro presenta el cáncer vivido por un escritor, por un artista, es decir, por un ser de sensibilidad afinada; siempre se ve a la protagonista alerta por tratar de leer en los gestos de su médica, en sus expresiones, el diagnóstico sobre su salud; sin embargo, hay una pugna personal entre la nostalgia por el antiguo médico familiar y el nuevo facultativo aséptico y mediado por la tecnología. Del miedo y la negación a la asunción del mal, se transmite con claridad la difícil situación, dice la autora: “[...] aunque no quiero reconocerlo, estoy frente a uno de los momentos más cruciales de mi vida” (pág. 63).

La narradora tiene la intuición para reconocer, y el valor para enfatizar ese momento imperceptible que altera el rumbo de la vida, ese limbo ambiguo entre la apacible comodidad cotidiana y la alteración súbita de la rutina, una sumatoria de momentos críticos para cualquier mortal: saber que se tiene cáncer, tener que sobrellevar el incómodo tratamiento, el azar de probabilidades entre seguir vivo o no.

La historia pasa por diversos estadios; al principio hay una persona impaciente, que no entiende el porqué de las dudas de una médico acuciosa, que considera innecesarios los incómodos procedimientos a que es sometida, que claro, se siente sana y por supuesto, no quiere estar enferma. Como en toda tragedia, alrededor de quien la protagoniza, surgen muchas solidaridades, que sorprenden a la enferma. Al

final, el hecho de tener que pasar por una experiencia tan difícil le permite reflexionar sobre sus rutinas, lo poco que ve a sus nietas, por ejemplo, o para sentirse gratamente viva tras ver el azul intenso del cielo –la magdalena proustiana–, y recordar las vacaciones de su infancia; motivos evocadores que también se adivinaban en los retazos autobiográficos disfrazados de cuento del volumen *La vieja casa de la calle Maracaibo*.



Pese a la doble madurez de la protagonista, la de los años y la de las vivencias, la experiencia que vive le hace mudar la mirada, si al principio percibía poca calidez humana de parte de los médicos y la franca hostilidad del personal administrativo de las clínicas, con el paso de los días, varía esa percepción, encuentra mayor cercanía y se siente mejor. Pero el cambio no es que se dé en el personal, es ella la que cambia transformándose en paciente, o mejor dicho, en un ser paciente.

Restrepo López en este libro –que si tuviera fechas sería un diario–, entre cita y cita que va teniendo con los médicos va escribiendo lo que le pasa, siente y piensa, quizá originalmente sin intenciones de publicarlo; muy probablemente el texto era más largo y haya sido editado, quizá traslucía mucho más las variaciones de ánimo de la protagonista. Las entradas periódicas cumplen dos funciones –ambas positivas–: los lectores asistimos a la descripción, de los estadios que se van superando y de los estados de ánimo de la paciente, y para la autora es la oportunidad de hacer catarsis y de conocerse mejor.